

en el más punible abandono, del que ahora comienzan a sacarlos los actuales regidores de la vida municipal madrigalense, que esperan pueda ser utilizado en algún servicio de utilidad pública (¡qué excelente parador de turismo cabría instalar en él!), y finalmente, el llamado antiguo palacio de D. Juan II, con su anejo convento de Agustinas.

Cabe decir que es en este gran casón, que sintetiza medio milenio de historia de Madrigal, donde el viajero se siente verdaderamente transido por el sentido de aquel pensamiento clásico de que el presente es un minuto eterno lleno de ayer, de hoy y de mañana. Levantada, por excepción, su rigurosa clausura, abrióse la puerta del bello atrio renacentista, y las venerables monjitas Agustinas mostraron a los visitantes el claustro, en una de cuyas galerías bajas está el cementerio de las profesas que entraron allí para no salir de por vida; el hermoso templo, restaurado hace dos siglos, tras sufrir un gran incendio, y algunas otras dependencias, entre ellas la estancia donde la tradición señala que nació Isabel la Católica y la en que está sepultado el famoso Cardenal Vasco de Quiroga, célebre madrigaleño, como el otro gran prelado *el Tostado*, cuyo centenario pronto se cumple. A partir de la donación que del palacio hizo a su esposa el último Trastámara, este edificio sufrió varios avatares, y a su recuerdo se vincularon notables personas. Cuando todavía era exclusivamente palacio, con entrada por la crujía del *pradillo*, donde subsisten las dos grandes torres cuadradas unidas por un corredor, las monjas estaban aposentadas en el otro edificio extramuros, ya arruinado, donde fué sepultada la infantita Catalina, y después profesaron dos hijas naturales de Fernando el Católico. Una de éstas, D.^a María, logró que su sobrino, el Emperador Carlos V, donara el palacio a la Comunidad, la cual trasladóse a él, dejando el primitivo edificio a los frailes de la misma Orden, que en él celebraron importantes capítulos, durante uno de los cuales falleció allí el insigne Fray Luis de León. Al poco tiempo de efectuada la traslación, murió en el convento la novicia D.^a Juana, hija no legítima del César. Después hubo allí dos Anas, hijas de sendos regios bastardos, que no tuvieron de común más que el nombre de D. Juan de Austria: uno, el de Lepanto, y el de *la Calderona*, el otro. La primera de ellas fué la famosa D.^a Ana, que contribuyó, cándida e ingenua, con el vicario del convento, a que cristalizara la impostura del célebre *Pastelero de Madrigal*, el personaje más familiar, después de la gloriosa Isabel, en el acervo tradicional de la villa. Su recuerdo es de los que difícilmente pueden olvidarse en ella, donde tantos vestigios, principalmente el convento, contribuyen a la evocación de aquel que vino a plantear un verdadero y hasta hoy insoluble enigma histórico, pues si cierta-